

CALEB OLVERA ROMERO

Es licenciado y maestro en Filosofía por la UAA y la Universidad de Guanajuato, respectivamente, así como doctor en Humanidades y Arte por la Universidad Autónoma de Zacatecas, además de tener formación en Psicoanálisis. Ha realizado una investigación postdoctoral en la UNAM y una estancia postdoctoral en España. Tiene más de una veintena de libros publicados y más de 50 artículos en revistas nacionales y extranjeras, al igual que asistencias a congresos. Actualmente es docente del Doctorado en Filosofía e Historia de las Ideas.

Me llamo Azul y estoy a siete días de volver a nacer

Me llamo Azul y estoy a siete días de volver a nacer. En alguna ocasión me nombraron Kaduhus (el perro). La cosa fue bien y llegué a ser Blusskadhus (el gran perro). Al principio fui mujer un par de veces y lloré... lloré por un hermoso joven que pasaba a caballo por enfrente de mi tienda. Otras tantas fui esclavo de piratas en tiempos de la colonia inglesa. Casi toda esa vida remé y, finalmente, me ahogué con los demás esclavos. Fui sacerdote mitraico y escuché los secretos que sólo se aprenden del fuego. Como hindú trabajé alimentando a un tigre de nombre Batrer, quien me enseñó el arte de la memorización. En el Himalaya entré al gran salón del Potalach y medité hasta que conocí la verdad, el sendero y el silencio. Alguna vez fui Omar Abd ar-Rahmān, príncipe de los califas, y amé a las mujeres vírgenes tan hermosas como la luna, de cintura flexible como las ramas de los guayabos, de caderas redondas y aterciopeladas como cojines, tan jóvenes que apenas nacía el prado en su jardín, y fértiles como la tierra del Nilo; mujeres que desbordaban voluptuosidad por una existencia incapaz de contenerlas. Fui orgulloso rabino que recibió su lección al escuchar hablar a un burro y comprendí lo complicado de las manifestaciones divinas. Algunas otras vidas las pasé descifrando signos para poder leer el complejo corazón de la realidad humana.

Fui padre que recibió el inmenso regalo que nos hacen cuando nos dan un niño. Mis horas se llenaron de alegría con cada nueva creatura y mi vejez se tornó soportable y llena de agrado por sus risas. Conocí el dolor de perderlos antes de tiempo, esa sensación de que te han partido en dos de un solo jirón, de que nunca volverás a estar entero. Fui arquero de brazo certero en innumerables batallas y bajo las órdenes de varios reyes asalté ciudades.

Nací en el norte, muy al norte, de una madre que vivía resguardada bajo la piel blanca de un oso y contemplé las lu-

ces boreales año tras año hasta que los ojos se me cegaron. En África fui heredero de una hermosa y juguetona nube de colores. He sido labrador, escultor, soldador, artillero, hasta tamborilero, sin olvidar que fui rey, califa, zar, predicador y hermeneuta. De hecho, he sido todas las personas que han existido de una en una y, a la vez, todas juntas.

Ahora estoy a siete días de olvidarlo todo y volver a la vida, al cálido abrazo de mi madre, al dolor de la separación de la amada, a lo insoportable de la muerte de nuestros padres, a la alegría de engendrar vida. Una vez más giraré la rueda del mundo, una vez más veré el sol salir por el oriente. Una vez más tendré tiempo para abrazarte, para amar a Dios y sembrar la tierra.

El poeta y la noche

Te voy a contar la verdadera historia de uno de los cuentos de *Las mil y una noches* que Borges retomó y narró de manera algo distinta.¹

Uno de los más célebres poetas, después de 13 años de practicar el juego de la noche, quiso ingresar a la directiva. Realizó su solicitud y propuso su candidatura para narrar el juego y expresar la esencia de la noche. Entonces, el director habló con el poeta y le dijo: “La más frágil y tenue línea llena de inmortalidad es la palabra cuando se narra. No existe historia ni logro que no sea eternizado en la memoria si no es por las palabras. Así que tú, poeta, si quieres pertenecer a la noche, debes escribir la esencia de la noche, debes hacer una oda a

1 A mediados de los ochenta se gestó en el arte contemporáneo uno de los movimientos más interesantes, denominado apropiacionismo, el cual consiste en la reinterpretación de algunas obras clásicas. Este texto es un homenaje a esta corriente, ya que Borges retoma la historia de un pasaje de *Las mil y una noches* y aquí nos apropiamos de su cuento para contarlo de manera distinta.

la oscuridad y entonces tu candidatura será considerada. ¿Crees que tu arte está a la altura para completar la empresa? ¿Crees que es posible que en palabras se encierre la naturaleza intrínseca y sin sentido de la noche? ¿Acaso la oscuridad de la tinta puede reflejar de mejor manera la oscuridad que engloba al universo y por fin borrar todo adentro y todo afuera?”.

Tristemente y sin vacilar, el poeta respondió sí, como si fuera la confesión de un condenado a muerte que revela por fin sus crímenes, que acepta los hechos más insólitos e insostenibles solamente para terminar de una buena vez y para siempre con la tortura y el interrogatorio, con el círculo del tiempo que lo presiona. De esa manera se precipitó sin saberlo en un abismo que lo sobrepasa, se arrojó hacia la noche en busca de arrancarle el corazón o, tan sólo, de torturarlo para en sus lamentos escuchar un canto, una súplica vulgar que le diera el entendimiento.

El poeta agregó: “Como puedes ver, ya no soy joven. He dedicado mi vida a la búsqueda y colección de palabras. He estado más de 50 años detrás de la combinación precisa para reflejar la naturaleza de las cosas, su forma exacta, y he descubierto el color y sabor de la palabra manzana para escribirla sin más letras que las que necesita. He descubierto la inocencia de la palabra niño y sé a qué huele la palabra aire. Conozco la cavernosa redacción de la mitología y he estudiado todo tipo de conjuros y sortilegios. Conozco más de cinco lenguas y los recovecos de ellas. He dedicado mi vida entera a coleccionar palabras para un día poder estar aquí, frente a ti, y ofrecerte esta empresa, la de embarcarme en la aventura de capturar la noche ya sin estrellas. No necesito mayores premios por mi trabajo, he hecho de él un móvil, una manera de transportarme a lugares incógnitos, y ahora quiero ir más allá de los límites lingüísticos. Quiero llegar a la parte impronunciable de la existencia, fundirme con la oscuridad de donde han nacido todas las metáforas

que son la madre del delirio. Quiero internarme en la noche y narrar mi aventura”.

El director tomó un pequeño morral que le colgaba del pecho y vació en la mesa la ceniza que contenía, entonces escribió una palabra en sánscrito y después de cavilar, como si tratase de descifrar un aciago designio, dijo: “Muy bien, recoge tus libros y retírate. Se pondrá a tu servicio una pequeña villa al sur de Francia, estarás ahí un año entero. Aunque los sirvientes te atenderán en todo momento, no los verás si no los llamas, y así podrás gozar de la soledad y el tiempo que necesites para comprender y realizar tu tarea. Además, recibirás en pago una dote en oro que bien alcanza para mantener a una familia por el resto de tu vida, si es que la tuvieras. Retírate y, si eres capaz de atravesar el misterio oscuro y regresar con las palabras que lo expresen, te veré en este mismo lugar en un año, antes de que inicien los juegos”.

El poeta hizo reverencia y salió como quien sale a un mundo que ya no le pertenece, como quien va infectado en el alma por una enfermedad crónica y aún peor, pues tenía la fecha de su caducidad. Un año lo separaba del reencuentro con esa especie de divinidad que sentada desde su trono le había conferido una tarea que él ya esperaba, una tarea para la que él se sentía nacido. Así que fue conducido hasta su nueva casa y ahí permanecería un año.

Después de haber visto el correr de la luna y sentir el frío de cada noche, se terminó el plazo y el poeta se presentó ante el director. Se paró sobre la gran explanada y el agua comenzó a inundar el tablero del juego, creando ese gran espejo que pone sobre los continentes un mapa estelar. Entonces abrió la boca, pronunció sus primeras palabras, lentas, y aunque llevaba en la mano un puñado de hojas, no las movió, no volteó a verlas, sabía su labor letra por letra. Una seguridad invadía la declamación. Una pausa lenta se ajustaba a un cambio de voz, un par de gestos y una ligera mímica. A cada palabra, el público y el

director sentían revolverse el universo. El ánimo se les oprimía cuando el poeta lo quería y el pecho se les hinchaba cuando lo ordenaba el poeta. Cuando hubo terminado, se hizo un silencio solemne, que quizá fue la mejor parte. Un silencio que como un guiño intentó dejar claro que el resto era la esencia de la noche.

El director se inclinó un poco hacia el frente en su silla y, poniendo su peso en un solo brazo, dijo: “Es admirable tu trabajo, has llevado los versos a un límite de purificación. Has usado la metáfora como un arte y cuando decías espada, me han sangrado las mejillas. La noche es ese hermoso río de hombres que ya no van a ninguna parte. Has demostrado un magistral dominio de tu arte. Podría ahora morir y entender un poco del oscuro cielo que ha servido de cuna a la gran nada y, sin embargo, algo hace falta. Los cuerpos siguen de pie frente a ti y nada ha estallado. Nadie se ha arrancado la piel ni caído en delirio. No ha habido uno solo de los aquí presentes que declare que no necesita más la vida porque comprendió el oscuro cimiento de la existencia. De cualquier manera, considera mi aprobación hacia tu trabajo, pero me veo obligado a pedirte que realices esta tarea mejor; esta vez te daré tres años, después de los cuales te veré en este mismo lugar para escuchar cantar a través de ti, y ya sin ti, a la noche. Quiero un canto solemne ante el cual hasta las ballenas sientan miedo. Recibirás un castillo al sur de Inglaterra, considéralo desde este momento tuyo, ahí podrás encontrar el tiempo y la humedad necesarios para cumplir tu tarea. Tu dote en oro será tres veces mayor y recibirás un premio si logras componer lo que te pedimos”.

El poeta agachó la cabeza y se retiró, ahora salió como quien sale por un lugar ya sin puertas. No sabía del mundo ni de sí mismo, algo en el cerebro le empezaba a comer los sesos. Bien a bien ya no entendía la tarea y, sin embargo, sospechaba que la haría. Fue conducido hasta su castillo. Apenas lo miró se enclaustró en una de las habitaciones más bajas, más frías. Apenas comía y se presume que dormía de tres a cuatro horas

diarias. Nadie podría soportar tal tarea y de allí no se movió hasta concluido el plazo.

Esta vez traía un puñado de hojas, un verdadero amasijo que apretaba en su puño con violencia. Esta vez no hizo reverencia y, sin que nadie le dijera, comenzó su danza de palabras. Esta vez fue muy distinta a la anterior, pues la atmósfera se cubrió de un sustrato negro, los escuchas comenzaron a desmayar por la falta de aire y la violencia de las palabras inundaba las paredes. Ya no era un poema, era la oscuridad revuelta en el entrecejo del poeta, se movía con furia arrojando las palabras como lanzas en contra de los presentes. Un conjuro salvaje revolvió el cielo y el infierno, el arriba y el abajo. Dios mismo ahora era negro, cubierto de estrellas y con una corona celestial.

Los toros de la noche rugían en el agua siniestra y en el cielo nunca apareció la luna llena. Terminó como quien termina una faena, se sentía aún el fluir de su sangre que ensanchaba sus venas. Levantando un poco la cabeza, buscó al director para indicar que había terminado su poema. Pero eso era una obviedad, pues se sintió el apocalipsis, fue el fin del mundo el que narró en sus palabras, asistimos a la destrucción del universo por instantes.

El director tomó otra vez el pequeño morralito que le colgaba del pecho. Vacío sobre la mesa la ceniza que contenía y escribió una palabra en hebreo. Pensó en ella por casi una hora y después dijo: “Tu primer poema ha sido excelso, ha creado todas las metáforas que servirán de guía a los poetas por los próximos doscientos años; sin embargo, esta obra es aún más perfecta. Tiene el amargo sabor de las cosas que fermentan. Has dicho bien la inexistencia de los seres humanos y has pronunciado lo impronunciable hasta ahora. No obstante, quisiera pedirte que pulieras aún más tu proeza. Que fueras un poco más adentro, un poco más profundo. Para esto te daré siete años y un pequeño país en el sur de África. Ahí mandarás como si fueras un verdadero rey mitológico, tendrás lo que

necesites con tan sólo pedirlo. Y, al límite de este tiempo, regresarás para compartir tu tarea. Tu recompensa la extraerán tus sirvientes, pues en tus tierras se encuentran las minas de diamantes que nutren a Europa, y si necesitases algo más, nosotros lo proveeremos”.

El poeta salió –no podríamos decir que encolerizado–, como quien sale de sí mismo, como si fuera un demonio que ha sido exorcizado. No estaba enojado con nadie y, sin embargo, en su interior se libraba una batalla. Las palabras ya eran poca cosa, el silencio lo inundaba todo, sus pasos eran los pasos de un condenado al cadalso. Además, con su avanzada edad, quién sabe si soportaría el tiempo, ya no había mucho que descubrir. No obstante todo ello, el poeta fue conducido hasta el sur de África, pero a él ya nada le interesaba. Apenas vio sus tierras, se encaminó al monte más alto y se recluyó en una cueva donde sus sirvientes le llevaban comida. Ahí pasó el tiempo contemplando noche tras noche. Sabía que no moriría, no podía morir porque tenía una tarea encomendada, porque había atado su alma a una promesa escindida. Tenía el rastro de la noche en la punta de la lengua, podía saborear noche tras noche ese peculiar aroma y aún así se le escapaba. Un buen día desapareció y nadie supo de él hasta terminado el plazo. El director no lo mandó buscar, pues sabía que vendría, sabía que se encontraba en la cueva donde se recluyó y que, agazapado en la penumbra, esperaba el momento.

Terminados los siete años se presentó. Esta vez su aspecto era algo insólito, las uñas le habían crecido largas y amarillas, el pelo caía por su espalda como densos troncos que acariciaban su cintura, su vestimenta negra ahora era una armadura y no traía papel alguno. Cuando se presentó, todos despejaron la sala. Se mantuvo en silencio, de él emanaba un aura entre demoníaca y celestial. Ahora ya no era un hombre, era parte de la misma noche. Un ser verdaderamente extraño que ni siquiera Borges podría haber narrado.

El director preguntó, mientras tragaba saliva intentado deshacer el nudo de la garganta: “¿Has hecho tu tarea?”. El poeta respondió, con un tono apenas audible, la cabeza gacha y la mirada fija en el piso, un amable: “¡Sí! Ojalá dios o el mismo demonio me la hubieran prohibido. Quise morir antes de venir a repetirla, pero la noche es un juego extraño lleno de sentidos que nos sobrepasan y ahora estoy aquí, cuántos años, cuántas noches y a ahora estoy aquí”.

—¿Puedes recitarla? —preguntó el director.

—¿Puede un león asesinar sin culpa? ¿Puede la noche reducir a cenizas a la humanidad entera sin titubear un segundo?

El director dijo: “Recítala entonces”. El poeta levantó la cara, que hasta ese momento mantenía oculta, era algo espectral. Puso un pie delante del otro, así, lento, y luego el otro, balanceando su peso como un buque en altamar, como un barco abandonado que se mece por las olas, hasta que quedó muy cerca del director.

Entonces dijo: “Acércate”, y el director obedeció. El poeta acercó su boca al oído del director y pronunció su composición. Era un solo verso, quizá una palabra. Algo del interior del poeta había escapado de su boca hasta el director. Después se retiró. Lento.

El director quedó petrificado por largos minutos, extasiado, como quien contempla las esferas celestes, y antes de que pudiera reincorporarse totalmente, el poeta exclamó: “Me voy, no necesito más regalos”, y salió. Pero esta vez era como si él fuera la noche y como si los que saliéramos de su presencia fuéramos nosotros. Nos arrojó fuera de él. Caminó hasta el límite de la playa, se desnudó y se introdujo en el mar, en esa agua salada que sería su tumba, y nadó hasta que finalmente se ahogó, o se fundió con la noche. Nunca más nadie supo de él ni se encontró su cuerpo.

El director permaneció así, inmóvil, como atónito por semanas, hasta que finalmente murió. Se le diagnosticó demen-

cia, pero la verdad fue otra. Ya que la noche es incontenible en el cerebro de los humanos.

Sólo la niebla es real

Me ha resultado insoportable la idea de que las pequeñas cosas son la felicidad o el sentido de la existencia. Pero hoy me detuve a contemplar las rayas hechas en una losa de cemento, las acariciaba. No pude no imaginar quién las había hecho, cuánto tiempo de su vida había invertido en que esa losa tuviese una superficie no resbaladiza, corrugada, trazando miles y miles de rayas, quizá con una escoba o con cualquier otro instrumento. Las acariciaba una a una tratando de resolver el secreto de la existencia, del anonimato intrínseco y sin sentido de la vida. ¿Alguien apreciaría ese trabajo? ¿Alguien apreciaría la vida? La mayor parte del tiempo pasa en cuestiones quizás intrascendentes, simplemente estamos ahí, desgastando el tiempo de la existencia. ¿Quién habría hecho esas rayas? ¿Qué historia tiene? ¿Dónde vive? ¿Era joven? ¿Amaba algo? ¿Qué problemas tenía o tiene? O, simplemente, ¿existía? O ¿no son esas huellas más que el reflejo proyectado de una gran mente que ha puesto en escena el teatro de la realidad?

Cuando niño, me asaltaba constantemente la sensación de que el mundo es una gran puesta en escena, algo similar a los estudios de cine donde sólo se ve la fachada. Y pensaba que si abría de manera azarosa una puerta, del otro lado sólo encontraría los andamios que sostienen dicha fachada. Es como si los miles de millones de humanos no existieran y sólo fueran una cifra. Miles de millones y yo sólo conozco a unos cuantos que, por cierto, año con año los desmantelan y arman de manera distinta, los combinan para dar la impresión de que son nuevos, de que son más de los que realmente son, aunque son siempre

las mismas piezas; los mismos ojos de uno con la boca de otro, las orejas del primero con el pelo del quinto, etcétera.

¿Quién rescatará los instantes de esta existencia, las miles de horas que paso aquí sentado viendo la pared? ¿O todas las palabras escritas en esos libros que quizá nunca leeré? Veo mis libros y la niebla burlona me susurra al oído, me dice, casi rozando mi oreja con sus labios: ¡fasto! Metáfora del fracaso de una vida arrojada al estudio, lejos del amor de Margarita. Entonces leo y escribo reseñas, pero más que para compartir o recomendar, es para tratar de ganarle un poco al olvido, para rescatar del gran hocico de la niebla estas horas de vida sin importancia. Antes leía y olvidaba, ahora reseño y trato de recordar. Antes podía volver a vivir lo mismo, pues ya lo había olvidado, hoy sólo intento que la vida no se desdibuje por la niebla. Sólo la niebla es real. Miles y millones de existencias desdibujándose en la niebla. Pero no importa, me repito a manera de plegaria cada noche, pues mi cerebro recordará de pronto el nombre de todos los borrados, la importancia de todos los segundos, de todas las visiones. No importa, pues en algún momento ya no seré yo, sino la niebla, la conciencia, el fruto, la vía, la vida. La vida que late fuerte pintando de colores el lienzo nebuloso, proyectado, una bicicleta, un país entero sobre la niebla, la sonrisa de la güerefituca que estira el cuello cuando hace travesuras.

Una vez en Bruselas, ante un inmenso corredor lleno de edificios, me atrapó la angustia. Tanta y tanta gente debía de habitar esos edificios y, sin embargo, nunca los conoceré, no sabré qué tipo de películas ven, qué ropa les gusta, qué historia los forma. Mi historia estará por siempre incompleta, limitada, siempre seré sólo una parte de ese gran todo al que pertenezco, de ese gran libro que contiene la historia de cada uno de nosotros. Soy sólo una parte porque no conoceré la totalidad de la historia, no sabré cómo se ven, qué aspecto tienen; si hoy, 16 años después, regresarán. La moda ya habría cambiado y no lo sabría, pues en aquel momento no los podría ver. Sus caras estarán llenas

de arrugas, pero yo no lo sabría, pues carezco del primer referente. La niebla se los tragará igual que a todo Bruselas, y Amberes ya no será más que un recuerdo, una foto que se desdibuja con el tiempo en el álbum de la memoria. No he vuelto a estar frente a ese corredor de edificios, no he vuelto a estar en Bruselas, así que no he visto ni veré a esa gente, ni a ese tono especial de luz típico de ahí. Ellos no saben de mí, de mi sentimiento ante la inmensidad de las posibilidades, ante el despliegue de la vida en el tiempo. Ellos no saben y no sabrán de mí. Trato de convencerme de que sólo la niebla es real y de que se lo traga todo. Pero algo me dice que de pronto se salvarán todos los naufragios. Algo me dice que puedo disputarle al mar los higos.